

Mirada de periscopio

José Gordon

Pablo Neruda vivió por un largo tiempo en Ceylán. En una costa despoblada, junto a la desembocadura de un río, veía por las mañanas y las tardes a los hermosos elefantes de la isla que se bañaban en esas aguas. En la imaginación de Neruda detrás de las trompas de los elefantes estaba un ojo. Neruda lo describe así: “A veces sólo el punto extremo de la trompa salía del agua como el periscopio de un inmenso submarino animal”.

Un periscopio es un instrumento para la observación desde una posición oculta. La palabra proviene del griego y significa “mirar en torno”. En su forma más simple es un tubo con tres partes unidas entre sí que forma ángulos de noventa grados en las puntas de la estructura principal. Se supone que el famoso Gutenberg —pieza fundamental en el desarrollo de la imprenta— elaboró un periscopio que permitió a los peregrinos ver por encima del mar de cabezas que se congregó durante un festival religioso.

En el momento en que surge la idea de los submarinos como una especie de cocodrilos, de naves que podrían sumergirse en el agua, nace también la necesidad de un instrumento que se asome a ver lo que pasa en la superficie sin que se muestre el cuerpo. En 1902, se atribuyó a Simon Lake el invento de un aparato que extendía el ojo del submarino. Se le llamó *omniscopia*. Otros reportes dicen que un ingeniero italiano apellidado Triulzi inventó en 1901 un instrumento similar al que denominó *cleptoscopia* ya que, supongo, roba o gana un espacio visual.

EL TITANIC Y UN PERISCOPIO DE NOVELA

La palabra periscopio parece estar relacionada con una novela escrita en 1905 por Morgan Robertson. Titulada *El submarino*

destructor describe a este tipo de navíos con un instrumento capaz de ver desde abajo del agua. Al leer este libro, oficiales de la Armada Submarina Holandesa buscaron a Robertson y le preguntaron si la idea del periscopio era realmente práctica. Robertson les enseñó un modelo. La Armada le compró la patente.

Lo interesante es que la imaginación de Robertson tuvo una mirada periscópica no tan sólo en función del espacio sino también del tiempo. El ojo del novelista también se asomó a un futuro que supuestamente no podía observar. En 1898 publicó una novela denominada *Futilidad* que adelantó la tragedia del Titanic, el gran trasatlántico que se hundió en su viaje inaugural el 14 de abril de 1912.

El texto de Robertson comienza así:

Era la más grande embarcación a flote y una de las más grandes obras de los seres humanos. En su construcción y mantenimiento se involucraron todas las ciencias, profesiones y empresas conocidas por la civilización.

Los marineros conocían todo lo concerniente a los vientos, a las mareas, a las corrientes y a la geografía del mar. El mismo estándar de excelencia se aplicaba al personal de ingeniería de máquinas y al departamento de servicio de pasajeros que era similar al de un hotel de primera clase. Dos bandas, dos orquestas y una compañía de teatro entretenían al exigente público que viajaba en esa nave de lujo. Su nombre: el Titan. Sólo le faltaron dos letras para empatar con el que zarpó catorce años después. Es curiosa la alusión a los titanes: en el mito griego son los poderosos dioses ancestrales que Zeus derrotó y mandó al Tártaro, el más profundo de los abismos.

Al igual que el Titanic de la vida real, el palacio flotante que se suponía era el más seguro del mundo, chocó con un *iceberg* en el Atlántico del Norte, cerca de la medianoche, con numerosas pérdidas de vidas humanas debido a que no había suficientes botes salvavidas.

El libro adquirió cierta popularidad cuando aconteció la tragedia. Se hizo entonces una nueva edición que, con fines comerciales, acentuó las similitudes.

Lo interesante es que hubo otra persona que ya había escrito desde 1886, una historia similar. El periodista W.T. Stead publicó un artículo en el que advertía en las líneas finales: “Esto es exactamente lo que podría suceder, lo que sucederá, si las naves zarpan con pocos botes salvavidas”. En 1892, escribió una novela, *Del viejo mundo al nuevo*, en donde volvía a tocar el tema de un barco que chocaba con un *iceberg*.

Cabe señalar que Stead fue nominado al Premio Nobel de la Paz en 1901. Perdió este honor con Jean Henry Dunant, el fundador del Comité Internacional de la Cruz Roja, y con Frédéric Passy. Stead creía en el espiritismo y practicaba la escritura automática. Mediante este periscopio, por decirlo así, transcribía por horas lo que las personas ya fallecidas le dictaban desde otros planos. Algunos reportes señalan que de esta manera recibió noticias de cómo sería su muerte. Lo cierto es que Stead murió en 1912 en la noche que se hundió el Titanic. Él era uno de los pasajeros de esta embarcación. Después de que ocurrió el impacto con el *iceberg*, ayudó a varias mujeres y niños a subirse a los botes salvavidas. Al terminar estas tareas, Stead se dirigió al salón de fumar. Ahí se dice que se le vio por última vez, sentado en una silla de cuero, leyendo un libro. ■